



EUSKAL-ERRIA

LOS BASCONGADOS EN AMÉRICA

Don Blas de Lezo y el último sitio de Cartagena de Indias

1741

Uno de los hechos más notables en la vida del Teniente general de la Armada D. Blas de Lezo, fué, sin ningún género de duda, la defensa de la plaza de Cartagena de Indias. Fué también el último de su brillante carrera y el único, acaso, que sepamos, hasta ahora, sobre el cual la emulación arrojó las sombras de la injuria. No fueron partes las gloriosas mutilaciones de su cuerpo, ni el crédito de sus dilatados servicios en una no interrumpida función de armas, á estorbar que el error triunfara de la virtud; los últimos días de la azarosa existencia del marino ilustre, del capitán esforzado, del soldado pundonoroso elevado por sus poderosas alientos á los más altos grados de la milicia, viéronse amargados con la ingratitud y el desdén de las personas mismas á quienes a costa de su propia vida hubo de ofrecer sendos días de ad-

miración y de respeto. Su fama, sin mácula, adquirida á costa de sacrificios heróicos y singulares, tan heróicos y singulares que no es facil hallar quien los haya superado, fué obscurecida sobre los propios muros de Cartagena de Indias, pedestal único digno de su gloria, por quienes más obligación tuvieron de saludarla con respeto profundo. El Teniente general D. Sebastián de Eslava, Virrey de Nueva Granada, que mandaba en jefe las fuerzas que defendieron á Cartagena en el último sitio que le puso en aquel año memorable de 1741 la más poderosa armada salida para aquellas aguas de las costas de Inglaterra, mereció todos los elogios, todos los respetos, el empleo de Capitán General y una ejecutoria de nobleza: fuéle conferido el título de Marqués de la Real Defensa. Su *alter ego* D. Carlos Denaux, coronel, jefe del cuerpo de Ingenieros, que tuvo á su cargo la defensa del castillo de San Luis, hombre solapado y astuto, recomendado expresivamente á la Côte por el propio Virrey, alcanzó también honores y fama y el empleo de Brigadier. Estos dos hombres, como hemos de demostrar más tarde, fueron los que procuraron obscurecer el brillo de las limpias acciones, y mermar parte de la gloria que correspondió en aquella defensa heroica al noble general Lezo, quien únicamente pudo ostentar como reliquias gloriosas conquistadas en aquella desesperada lucha, las heridas que lo condujeron al sepulcro; y aquellas heridas fueron los más elocuentes testimonios de sus acciones,

Pero la Historia, que es juez inflexible, al juzgar los actos de aquellos hombres no ha de dejar pasar inadvertidos los que merezcan reprobación, ni escatimará sus aplausos á los que sean dignos de loa.

También la EUSKAL-ERRIA, que viene con noble desinterés y con no escasos sacrificios consagrando á los hijos ilustres de este noble solar todo el respeto y todo el entusiasmo que merecen sus virtudes, al evocar, con motivo del CXLIV aniversario de la muerte del heróico general de nuestra gloriosa marina, D. Blas de Lezo, los recuerdos de su hermosísima existencia, ha juzgado oportuno dar á conocer puntualmente el último hecho que contribuyó á inmortalizarla; de esta manera cumple gustosa la noble tarea de vindicar al mismo tiempo la fama de uno de los hijos ilustres de este solar que en orden á sus merecimientos ocupa en el ya largo catálogo uno de los primeros puestos.



En los primeros días del mes de Febrero de 1741, una poderosa armada, fuerza de ocho navíos de tres puentes, veintiocho de línea, doce fragatas, de 20 á 40 cañones, dos bombardas, varios brulotes y ciento treinta navíos de transporte salía de la Jamaica en dirección á Cartagena. Era esta armada la más poderosa de cuantas hasta entonces cruzaron aquellos mares; iba al cargo del Almirante Eduardo Vernon y era también la tercera vez que, en pocos meses, intentaba Inglaterra apoderarse de aquel baluarte, único quizás, ó el más importante, al menos, de cuantos defendían el imperio español en el mundo colombino. El ejército de desembarco, mandado por el general Tomás Wentworth, se componía de diez regimientos de ochocientas plazas y dos mil negros de lanza y machete para los trabajos de campaña; con un total de fuerzas de más de diez mil hombres.

Prudente el almirante inglés, antes de dirigirse á Cartagena, quiso asegurarse de la intención de los franceses, nuestros amigos á la sazón, cuya escuadra evolucionaba en aquellos mares; pero tranquilo por esta parte y convencido de que el amor que por sus aliados sentían nuestros cariñosos vecinos en aquella ocasión, como en tantas otras, funestísima, que siempre se singularizaron las alianzas franco-españolas por los más graves fracasos para la noble y confiada política del gabinete de Madrid, no le había de estorbar la consumación del propósito, dirigió definitivamente el rumbo á Cartagena, y el día 13 de Marzo, á las nueve de la mañana, vieron las autoridades de la plaza que dos navíos como de 60 cañones y un ligero paquebot, doblando a tres leguas á barlovento la Punta de Canoas, embocaban con cierta precaución la ensenada de dicha Punta; reconocieron sin impedimento alguno, con grave escrupulosidad, aquellos parajes, y echando las sondas en todo el espacio que pudiera ocupar luego con holgura la armada, dieron, fondo al mediodía á calculada distancia uno de otro, á fin de que, sirviendo como de valizas, pudiese encajar entre ellos el grueso del armamento. Poco despues de estas necesarias maniobras preliminares, el paquebot, que se mantenía sobre sus bordos, á una señal de caza que observó en el navío comandante, salió en seguimiento de una balandra francesa que demandaba el puerto á toda vela, la cual, escapando al peligro que se le venía encima, embocó el estrecho canal de Boca-Chica y dió fondo en bahía; venía esta balandra despechada por el gobernador de la colonia francesa para dar cuenta al Virrey y al general Lezo del número y calidad de navíos que

componían la armada inglesa y de los propósitos de sus generales.

Convencido el general Lezo, por la importancia del armamento británico, del peligro cierto que corrían las embarcaciones españolas y aliadas que, por ignorancia del suceso, tuvieran la mala fortuna de dirigirse á la plaza, fué de parecer que el Virrey, obrando con prudencia, enviase orden al gobernador de Santa Marta, para que en manera alguna dejase salir de aquel puerto los dos navíos, español y holandés, que habían solicitado pasar á Cartagena con los víveres que conducían para la armada de D. Rodrigo de Torres.

Todos los pensamientos de aquel prudente general de marina fueron dirigidos á impedir por cualesquier medios la aproximación del enemigo á la plaza; para ello no solamente juzgó necesario poner en estado de defensa las dos entradas de la bahía y el estero de Pasacaballos, sino vigilar con fuerzas suficientes los puntos que se prestasen á un cómodo desembarco. Eran puntos de mayor peligro, sobre todos los demás, las dos entradas de la bahía, y de ellos la más importante, la única por donde habían de abrirse paso los navíos de alto bordo, el canal de Boca-Chica. Era de capitilísima importancia evitar á toda costa que la armada penetrase en el puerto, porque una vez en él no habían de tardar sus cañones en reducir á escombros la ciudad.

Las fuerzas navales de su mando eran reducidísimas; las enfermedades y la deserción habían disminuido de tal manera las dotaciones de los navíos que apenas contaba con fuerza para cubrir el servicio ordinario. Mas no era Lezo hombre capaz de abrigar en momentos tan difíciles sentimientos egoístas: Leal y pundonoroso, no se redujeron exclusivamente sus esfuerzos á velar por el prestigio de la marina sino que allí donde el peligro lo demandase, allí acudiría con sus marineros para prestar toda clase de servicios, así los de descubierta, si eran solicitados, como los que reclamasen las baterías de tierra, ayudando en todos los momentos al ejército, reducido también é insuficiente, con eficacísima solicitud.

Pero si á la pericia y penetración del noble marino no pudo ocultarse que con sus navíos, pobres y débiles, podía distraer al enemigo y detenerlo todo el tiempo que necesitara emplear el Virrey para poner en estado de defensa la plaza y las fortificaciones exteriores, acerca de cuyo esencialísimo asunto, y en previsión de lo que al fin estaban presenciando, hubo de llamarle reiteradas veces la atención, comprendió que muy luego se vería arrollado por el número, acostum-

brándose á la idea de sacrificar sus pobres navíos y su propia persona, como los sacrificó al fin, en holocausto del más hermoso de todos los deberes militares: en defensa de su patria y del honor de su Rey.

A evitar esto en cuanto fuera posible, ó á prolongar al menos el momento del sacrificio dirigiéronse todos los esfuerzos del noble general de Marina; mas era necesario que le ayudasen los castillos y las baterías de Boca-Chica; aumentar sus cañones, reforzar sus baluartes, preservar sus muros, viejos y débiles, contra los proyectiles enemigos, adosándoles nuevos parapetos y disponer sus fuegos y cruzarlos de modo que todos los navíos que osaran ponerse á su alcance sintieran la energía de la defensa. No se le ocultó tampoco que un armamento tan extraordinario, que una armada tan poderosa como era la que tenían á la vista, fuera toda ella á estrellarse contra la resistencia que, animoro, pretendía imponer; ya sabía él que los fuegos de sus navíos y los de las baterías habían de ser al cabo apagados por el cañon enemigo; mas abrigaba la esperanza de vender caros sus sacrificios, poniendo fuera de combate una gran parte de las fuerzas enemigas; tenía el firme propósito de reducirlos y debilitarlos de modo que, aun cuando consiguieran penetrar en la bahía, no podrían resistir los fuegos del castillo grande y los de las baterías del Manzanillo, encargados de cerrar la boca del puerto.

El intento de Lezo dirigiase, en primer término, á acumular todos los elementos de defensa posibles en las playas adyacentes á las dos entradas de la bahía; atrincherar los puntos más importantes, á fin de que, en caso de un desembarco, que á toda costa debía el Virrey evitar, no pudieran ser por tierra atacadas las fortificaciones que defendían el estrecho, como al cabo lo fueron por desgracia, siguiéndose inmediatamente el fin desastroso que había previsto el prudente marino. Si conseguía el Virrey, como de intentar lo con firme resolución hubiera conseguido, rechazar al ejército enemigo en cuantos desembarcos intentase, obligándolo, con una resistencia tenaz y bien dirigida, á permanecer inactivo en sus navíos de transporte, el ataque entonces, aunque formidable, por los poderosos elementos de que disponía, habría sido por mar, en cuyo caso todas las baterías de Boca-Chica y las de los navíos de Lezo, jugando á un tiempo sus cañones se encargarían, de dar buena cuenta de cuantas embarcaciones hubieran osado ponerse al alcance de sus proyectiles. Reducir el campo de acción enemigo á un solo punto, estrecho, incómodo y reducidísimo, como era

la entrada de Boca-Chica, donde no pudieran sus fuerzas entrar en función a un tiempo; forzarlos á dirigir sus ataques por el punto mejor defendido, he ahí los propósitos del general Lezo. Si, á pesar de la resistencia tenaz que se proponía hacer el marino en la entrada del canal, conseguían al cabo los enemigos forzar el paso y penetrar en bahía, no sería ciertamente sino á costa de una gran pérdida de fuerzas; entonces una retirada bien dispuesta y ordenada de cuantos elementos pudieran defender luego la entrada del puerto, en la cual se levantaba, por la izquierda, el castillo grande, y por la derecha las baterías del Manzanillo, cerrando el paso los tres navíos que ahora interceptaban el canal de boca-grande, bastaría á contener las mermadas fuerzas enemigas, y conseguirían al cabo evitar de este modo que, penetrando en el puerto, amenazasen á la plaza sus cañones.

Pero el Virrey lo tenía dispuesto de otro modo. No debe olvidarse, que mucho importa tener presente, que así la plaza como los reductos vecinos estaban muy descuidados; no se había tomado la precaución de prevenirse contra un armamento tan formidable, acerca del cual, con bastante anticipación, habían tenido noticias las autoridades; no fué, como habrá quien sospeche quizás, brusco ni mucho menos el movimiento; muy al contrario, tiempo hubo de sobra para prevenirse contra el enemigo; pero por negligencia, que no hemos podido explicarnos todavía, en general tan prudente y experimentado, como era D. Sebastián de Eslava, fué malgastado el tiempo, á pesar de los consejos y acertadísimas observaciones que le venía dirigiendo el general Lezo, á quien solía argumentarle con la falta de recursos, viéndose ahora amenazado de perder con la plaza el propio prestigio y el ajeno y el honor de las armas del Rey.

Cierto es que los recursos ordinarios no eran sobrados; mas en momentos de prueba y en situación tan excepcional, para algo más que para permanecer inactivo debieron ser las facultades discrecionales con que fué investido por la corte al elevarle al rango de Virrey de la Nueva Granada. La guarnición era muy reducida, y fuera de un corto número de tropas regulares y disciplinadas, las fuerzas de milicias y las de color, mal equipadas, sin instrucción alguna, ni espíritu militar, si valientes hasta la temeridad, no poseían, como podrá suponerse, grandes virtudes militares; carecían de disciplina y cohesión y de otras cualidades primordiales que en alto grado ha de poseer todo ejército para poder ser conducido al combate con garantías de éxito.

Desprovisto el parque de armas y los cuarteles de soldados y artilleros, fué necesario habilitar las que Lezo tenía en sus navíos y arsenal. Del navío *San Felipe*, por lo pronto, hizo desembarcar cincuenta marineros con sus condestables y oficiales para montar y servir en el Castillo grande las piezas que de orden del Virrey dispuso sacar del propio navío; artillería que no sirvió después sino para ser clavada sin disparar sobre los enemigos un solo proyectil. Los víveres, más que escasos, miserables, no hubieran bastado en un sitio prolongado para el alimento de la guarnición; y aun cuando por tierra estaba expedito el paso, de haber loqrado el enemigo interceptar con un bloqueo general y absoluto todas las vías de comunicación, hubiera puesto á la plaza en el caso de capitular por hambre. En tal estado tuvo Lezo que distribuir también el repuesto de la marinería entre las guarniciones de Boca-Chica.

La defensa de este importantísimo punto, sobre el cual deseaba Lezo, con muy buen acuerdo, acumular cuantos elementos fueran indispensables, á fin de debilitar al enemigo y detenerlo el mayor tiempo posible, era lamentable; á una carencia casi absoluta de pertrechos de guerra uníase escasísima guarnición y más escasos víveres. Fué también necesario que la marina engrosara el número de defensores con doscientos cuarenta y dos hombres y quince mil raciones que para empezar le pidió el Virrey. Mas comprendiendo Lezo que el general no se había hecho cargo de la gente y vituallas que habían menester aquellas fortalezas para resistir un ataque tan formidable como el que esperaba de los enemigos, dispuso enviar más soldados y víveres, pólvora y balas, cartuchos, atacadores, granadas y metralla. No satisfecho con esto hizo destacar por las playas vecinas varios piquetes de marinería para vigilar las operaciones de los enemigos, impedir el sondeo y reconocimiento de aquellos sitios y evitar, en cuanto fuera posible, un desembarco que en toda ocasión habia de ser funesto para todos. Sobre las gravísimas cuestiones que embarazaban por el momento su espíritu, este cuidado era indudablemente el que más pesaba sobre su conciencia; por eso insistía una y otra vez, por eso procuró en cuantas ocasiones le ofrecieron los accidentes y las peripecias de la lucha dirigir, en primer término, hácia este importantísimo punto todas las observaciones que hizo al Virrey.

FRANCISCO SERRATO.

(Se continuará)





EUSKAL-ERRIA

LOS BASCONGADOS EN AMÉRICA

**Don Blas de Lezo y el último sitio de Cartagena de Indias
1741**

(CONTINUACION)

Cuando tantas y tan graves atenciones embarazaban por completo el ánimo del General Lezo, observó que el Virrey no solo se mostraba irresoluto y poco acertado en todas sus disposiciones, sino que desde los principios mismos de la lucha ponía especial cuidado en hacerle comprender el escaso interés que le merecían los consejos y atinadas observaciones que constantemente le dirigía sobre la defensa de la plaza y muy especialmente sobre los castillos y baterías de Boca-Chica. «De mucho tiempo á esta parte—decía Lezo—D. Sebastián de Eslava no me ha respondido nunca ninguna proposición y advertencia que le he hecho convenientes para la defensa de esta ciudad y castillos, y todo ha sido callar y manifestar displicencia.»

Todo ha sido callar y manifestar displicencia; queja amarga y res—

petuosa á un tiempo, estampada en momentos difíciles; por ella nos parece hoy ver cómo se escapaba á su pesar toda la amargura de su alma, por un desdén inexplicable por lo absurdo. ¿Qué medios de resistencia pensaba oponer el Virrey á las baterías que habian de levantar los ingleses en los momentos mismos del desembarco contra las defensas de Boca Chica? Uno tan solo había verdaderamente formidable en aquel paso, el castillo de San Luis, cuyos carcomidos muros se desmoronaban al estampido solo del cañon, y cuyos débiles parapetos terraplenados de cascotes y guijarros, más que de defensa, eran un peligro constante, cierto y funestísimo para la reducida guarnición, porque al chocar sobre ellos las balas enemigas levantaban sinnúmero de proyectiles que iban á herir el pecho de los míseros defensores. Pensar siquiera que los ingleses expondrían sus magníficos navíos á los certeros disparos de los cañones que defendían la entrada del canal, sin intentar, por lo ménos, aprovecharse de las ventajas que les brindaba por tierra la misma obcecación del Virrey, era desconocer los más rudimentarios principios del arte de la guerra, y ni en hipótesis siquiera puede apreciarse tal cosa en quien como D. Sebastián de Es-lava había llegado á los más altos puestos de la milicia en una no interrumpida función militar, en quien durante la guerra de sucesión y luego en Sicilia había ganado sobre el campo de batalla todos los grados y honores que ostentaba dignamente, es cierto, su hoja de servicios.

Hasta la ventaja que ofrecía á los españoles el bosque espeso é impenetrable que avanzaba hasta el pie de los muros del castillo de San Luis, al abrigo del cual bosque, como una y otra vez y ciento aconsejaba el general Lezo, hubieran estorbado el desembarco, hasta de esa ventaja se aprovecharon los ingleses, construyendo al abrigo del bosque las baterías de morteros y cañones, con los cuales desalojaron luego el castillo. Ruda y heroica fué la defensa del canal de Boca-Chica, sí, pero solo duró el tiempo que tardaron los enemigos en construir las baterías de tierra.

Era, pues, de una evidencia abrumadora la conveniencia de evitar á toda costa un desembarco; pues por poca gente que los enemigos echasen en tierra, no solo arrollaría á la escasisima que por nuestra parte se le pudiera oponer, y no se le opuso ninguna, sino que protegería el desembarco de todo el material de guerra que necesitaran; montarían cañones y morteros; construirían, si lo juzgaban necesario,

paralelas y empalizadas, desde las cuales, sin ser casi ofendidos por los fuegos del castillo de San Luis, asestarían sobre esta fortaleza las bocas de sus cañones, destruyéndola como la destruyeron en poco tiempo.

No hemos podido averiguar, aunque se desprende de la lectura de los documentos que tenemos á la vista, la causa de tan extraña conducta. Cuando la inminencia del peligro hacía suponer un acuerdo perfecto y un plan fijo de defensa, discutido con madurez en un consejo de guerra permanente y apoyado en la opinión autorizada de los jefes superiores de la plaza, vemos que el Virrey teniendo apenas perfecto conocimiento de las condiciones de aquellas defensas, ni de los recursos para sostenerlas, ni del teatro en donde la lucha iba á tener lugar, pues acababa de llegar de España, impone su opinión y se alza con la dirección absoluta de las operaciones; escucha y atiende y manda ejecutar los consejos y los planes de jefes muy subalternos, ninguno de los cuales pertenecía al cuerpo de marina; dispone las cosas de modo, eso sí, que sin garantías de ninguna clase aparecieran deslindadas ulteriores responsabilidades, y desoye los consejos de quien, por su carácter, por su gerarquía, por las gloriosas mutilaciones de su cuerpo, y por su experiencia, en fin, de los negocios de la guerra, y una guerra como aquella de carácter marítimo, que á mayor abundamiento había tenido por dos veces ocasiones de estudiar sobre el terreno los puntos vulnerables del puerto de la plaza y de la bahía, más motivo que otra persona alguna tenía de ser oído su autorizadísimo parecer en cuantos asuntos relacionados con la defensa fueran propuestos.

Y cuando las heridas en la propia estimación por tales mortificaciones pudieran haber engendrado tibieza en el entusiasmo por el honor de las armas, vemos que el pundonoroso soldado, violentando su carácter y acallando el grito de la dignidad maltrecha por conducta tan extraña, echa sobre sí la responsabilidad no solamente de la defensa marítima, que esa, al cabo y al fin, era de su exclusiva competencia y dirección, sino las de todas las fortalezas de Boca-Chica, aun cuando tropezaran, como tropezaron en todo el curso de aquella función, sus más acertadas disposiciones, de una parte en los obstáculos que le suscitaba el propio Virrey, y de otra en la mala voluntad, cuando no en la impericia, de algunos jefes puestos por el Virrey á sus órdenes inmediatas.

Abrumado bajo el peso de una tan gran responsabilidad, dispuso Lezo que dos navíos, el *Conquistador*, de sesenta y dos cañones, construido en la Habana en 1731, y el *Dragón*, de sesenta y cuatro piezas, salido también de los mismos astilleros en 1737, en unión del *Trechuelo*, segundo navío de treinta cañones que armó Lezo en aquel puerto de Cartagena en el tiempo que desempeñó interinamente el gobierno de la ciudad, defendieran la entrada de Boca-Grande. Era esta de poco fondo, y si no había cuidado que pudiesen por ella entrar en bahía navíos de alto bordo, de no estar convenientemente vigilada y defendida, podían aprovechar los enemigos aquel paso, introducir en la bahía tropas y materiales de guerra en embarcaciones de poco calado; verificar cómodos desembarcos en toda aquella parte de la isla de Tierra Bomba; construir baterías en los puntos más importantes para proteger con sus fuegos las embarcaciones menores que, armadas en guerra, interceptarían por mar la comunicación de la plaza y cortarían la retirada á los defensores de Boca-Chica, principal y acaso único baluarte de verdadera y eficaz defensa contra los ataques que se dirigiesen á la plaza. El paso, pues, de Boca-Grande era de una importancia extraordinaria que á toda costa había de ser defendido.

Quedaba el paso de Boca-Chica, objetivo principal de los enemigos, hácia el cual enfilarian sus cañones y dirigirían sus principales esfuerzos. Verdaderamente notables eran las condiciones de este estrechísimo paso, por el cual solo en tiempo vario ó de vendavales, sobre todo, podían entonces atravesarlo los navíos de todos portes, siguiendo, por de contado, á muy corta distancia las sinuosidades de la playa de la costa norte; en la estación de las brisas únicamente podían hacerlo á remolque. Cierto es que en esta estación no podría en tiempo de guerra, por muy poderosa que fuese la escuadra que lo intentara, forzar el peligroso estrecho, sin que de antemano fuesen tomadas ó arrasadas las defensas, no solamente por los peligros que corría de quedar allí deshecha, sino porque con viento de proa era materialmente imposible hacer uso de las velas.

Consistían las defensas del canal de Boca-Chica, por la izquierda, en primer término, en una batería rasa denominada de San Felipe, sobre un morro de piedra escarpada de corta altura y poco saliente. Siguiendo la dirección de la playa hácia el interior del estrecho y como á unos doscientos metros de la anterior, avanzada también al mar, se levantaba sobre otro morro de piedra escarpada la batería de San-

tiago, con pretensiones de reducto, de muros débiles y escasos, sin foso ni camino cubierto; montaba nueve piezas de artillería, quedando sus defensores á pecho descubierto, como en la anterior, á merced de los proyectiles enemigos que los hicieron desalojar con solo el fuego de fusilería hecho desde las gavias y bordas de los navíos; así que tan pronto como empezados fueron apagados los fuegos de una y otra batería por los primeros navíos que se pusieron á tiro. El servicio de las dos estuvo encomendado al capitán de batallones de marina, D. Lorenzo de Alderete y á cien hombres que puso el general Lezo á sus órdenes; cincuenta de infantería y los otros cincuenta de marina.

En la parte más estrecha del canal, siguiendo desde Santiago la dirección de la costa á Tierra Bomba, levantaba sus muros el castillo de San Luis, defensa regularmente situada, la más poderosa del paso de Boca-Chica, no obstante la debilidad de sus parapetos, la escasez del armamento y guarnición, el descuido en que estaban sus muros y baluartes y el bosque frondosísimo que avanzando hasta el pie mismo de la muralla, podía servir al enemigo para impunemente llegar á su sombra hasta el pie del castillo, sorprenderlo y tomarlo por asalto, en cuyo caso serían ya ineficaces cuantas medidas fuesen encaminadas á defender y sostener aquella entrada de la bahía.

A evitar esto puso Lezo todo su cuidado, y ciertamente no se comprende todavía que dejaran de practicar los ingleses esta importante operación al día siguiente de haber bloqueado aquellas playas; solo una ignorancia absoluta que no se explica en generales tan acreditados como eran los que dirigían aquella operación; solo un desconocimiento pleno de las condiciones del terreno y de los escasos y débiles medios de defensa, ó una confianza ciega, quizá, y esto es lo más probable, en sus poderosos elementos ofensivos acredita la torpeza de los generales ingleses. No tuvieron necesidad de sacrificar sus navíos exponiéndolos á los certeros y nutridísimos fuegos del paso de Boca-Chica; la obcecación ó la impericia, ó las dos cosas á la vez del Virrey, brindábanles cómodo desembarco en la playa de Chamba; nadie les hubiera estorbado la ocasión de construir baterías y parapetos y el atrincheroamiento de su campo; batirían impunemente desde tierra el castillo; destruirían sus parapetos y murallas, y una vez apoderados de la fortaleza hubieran destruido con sus propios cañones las demás resistencias del canal protegiendo el paso de su poderosa escuadra. A evitar esto, como digo, dirigiéronse los esfuerzos del gran marino. ¿Correspondieron á sus propósitos las disposiciones del Virrey?

Afectaba la figura de esta fortaleza un cuadrilátero irregular, sin camino cubierto, con solas dos porciones de contraescarpa de tan desproporcionada y absurda construcción que más parecían parapetos levantados contra el mismo castillo. Sus murallas, antiguas y de muy livianos materiales se descubrían hasta el pie por diferentes partes, y los parapetos, sin el espesor correspondiente, terraplenados de arena y cascotes, no solamente constituían un peligro cierto y constante contra sus propios defensores, sino que apenas podían resistir la violencia del cañon. Los subterráneos y almacenes de pólvora y víveres, cubiertos por una bóveda de mampostería de menos de dos piés de espesor, amenazaban el peligro de hundirse al choque de una bomba bien dirigida. Una sola puerta abierta en el centro de la cortina principal daba entrada á la fortaleza; estaba completamente indefensa, más aún, la porción de contraescarpa que la cubría podía servir á los enemigos para desde ella batirla impunemente. Cerraban el hueco unos tablonces de tres á cuatro pulgadas de espesor, sin puente levadizo, sin rastrillo ni obra alguna que la protegiera. He ahí la más formidable defensa del paso de Boca-Chica. Dirigidos casi todos sus fuegos contra el estrecho, quizá hubiera podido evitar que los barcos de la época en que fué construido el castillo penetrasen en la bahía, aunque no siempre lo evitaron; más que á interceptar el paso á una armada formal, compuesta de gruesos navíos de guerra como era la que al presente dirigían los ingleses contra la plaza de Cartagena, tuvo por objeto evitar que los piratas robaran é incendiaran dentro de la misma bahía y puerto los navíos del comercio. Por comandante de esta fortaleza, la más importante del canal, puso el Virrey al coronel de ingenieros don Carlos Denaux, y su guarnición constaba de quinientos once hombres, entre ellos doscientos artilleros de marina, sin contar los carpinteros y peones necesarios para toda clase de servicio.

Defendía la orilla derecha de este canal, ó sea la costa septentrional de la isla de Barú más avanzada á la boca del estrecho, en primer término, la batería rasa de San Sebastián, de catorce cañones, construida precipitadamente sobre una punta llamada de Abanicos, la más avanzada del arco saliente que forma aquella orilla del canal, de costa playerosa llena de manglares avanzados en el agua. Protegía esta los fuegos de otra batería de doce cañones, construída en un bajo inmediato á la entrada misma del canal; y aunque una y otra podían interceptar el paso de manera que solo apagando el cañon enemigo sus

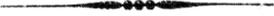
fuegos podría ser forzado, como carecían de parapetos y de toda clase de medios de defensa, no había de costarle al enemigo gran trabajo desalojarlas, destruyéndolas por completo. Las dos estaban á cargo del oficial de marina D. José Campuzano.

Para evitar el peligro de un desembarco por aquel sitio más apartado del canal, levantábase otra batería de cuatro cañones sobre una angosta lengua de tierra que une al resto de la isla de Barú la parte de tierra que forma la orilla derecha del estrecho. Coinciden en aquel istmo el eje de dos ensenadas: una exterior formada por aguas del océano, llamada del Baradero, es mas profunda, y en su seno, apartado de la vigilancia y defensa de Boca-Chica podían los enemigos verificar un desembarco. En la otra, interior, formada por las aguas de la bahía, estaba anclada una balandra del cargo de D. Pedro Mas, cuyos cañones enfilaba perfectamente aquel sitio y protegía los fuegos de la batería, de la cual era comandante el alférez de marina D. Jerónimo de Loizaga.

Quedaba ya en aguas de la bahía, y por consiguiente en la parte interior de la boca del estrecho, enfilándolo casi por completo, el castillo de San José, rodeado de un placer de bajo fondo de arena y piedra que avanzaba desde la playa hacia el canal con una hasta diez brazos de agua, pasando rápidamente á mucho fondo en el centro mismo del estrecho. Al abrigo de este fuerte mal artillado, hizo colocar el general D. Blas de Lezo su navío más debil con el repuesto de pólvora, San Felipe el Real, de sesenta cañones, viejo y achacoso y harto de navegar desde el año de 1717 en que salió de los astilleros de Orio. Cerrando el paso en línea recta seguían el nombrado África, de sesenta y cuatro cañones, construído en la Habana en 1733. El San Carlos, de sesenta y seis cañones, construído en Guarinzo en 1726, y por último el Galicia, de setenta piezas, uno de los primeros que se construyeron en el Ferrol en 1731, enarbolaba la insignia de Comandante y sus fuegos protegían el castillo de San Luis. Una fuerte cadena, por último, formada de gruesos cables y maderos, apoyado un cabo en la batería de San Sebastián, abrigado el otro por los fuegos de San Luis y defendido el todo por los de los cuatro navíos que, á medio tiro de cañon esperaban fuertemente acoderados con resolución firme y heroica la hora del sacrificio, interceptaba el paso del estrecho.

FRANCISCO SERRATO.

(Se continuará)





EUSKAL-ERRIA

LOS BASCONGADOS EN AMÉRICA

Don Blas de Lezo y el último sitio de Cartagena de Indias

1741

(CONTINUACIÓN)

La defensa de esta parte, como se observa, estaba bien dirigida. Si las disposiciones del Virrey hubieran ido encaminadas á evitar por una y otra parte, hasta donde lo aconsejara la prudencia y el deber, el desembarco del enemigo, puede asegurarse que la tercera expedición inglesa, la más formidable de cuantas hasta entonces habían dirigido su intento contra la plaza de Cartagena, se hubiera estrellado en el paso de Boca-Chica.

Así dispuestas las defensas de la bahía no se hizo esperar mucho tiempo el ataque de los enemigos. Al mediar la tarde del día 15 de Marzo aparecieron por el noroeste siete navíos de guerra; una hora

después más de ciento, y cuando el sol, hundiéndose en el horizonte su circo de fuego enviaba á la infeliz Cartagena los últimos rayos de su luz brillante, ciento treinta y cinco embarcaciones de guerra y de transporte, en orden admirablemente dispuesto, daban fondo detrás de la ensenada de Punta de Canoas, frente de la Boquilla.

Hallábase el general Lezo con el Virrey Eslava observando desde la plaza los movimientos acompasados y las maniobras de aquella línea interminable de navíos poderosos, y al verlos marchar hácia el paraje de la Boquilla con aire resuelto, como si, obedeciendo á un plan convenido de antemano, se propusieran abordar aquella parte débil de la playa, sospechó que él sería el punto escogido para el desembarco; y aunque el poco fondo de su reducida y estrecha entrada apenas podía dar paso á embarcaciones de cierto porte, que hallarían además en los cambios estrechos y tortuosos que existen entre los placeres de la Laguna, serios obstáculos que estorbarían por aquel lugar operación de tamaña importancia, hizo notar al Virrey la conveniencia de evitar el peligro enviando allí un fuerte destacamento; y solicitando al propio tiempo su venia para marchar á Boca-Chica á borde de sus navíos, dió orden al San Felipe para que bajase á ocupar el puesto que le tenía señalado en la línea.

En el entretanto, el enemigo no parecía dispuesto á perder el tiempo; llamando la atención de la plaza hácia el paraje de la Boquilla, amagando por aquella parte un serio movimiento de ataque, para asegurarse al propio tiempo de la vigilancia y de los medios defensivos del paso de Boca-Chica, hizo destacar el día 17 cuatro navíos de gran porte á reconocer la parte de playa que se extiende entre punta de Hicacos y Chamba. Uno de ellos de setenta cañones, al acercarse á los baluartes de Santiago y San Felipe, recibió tan certeros disparos que hubo de rendir el palo mayor, viró la vuelta de fuera, y auxiliado de los botes y lanchas, fué á dar fondo frente á la entrada de Boca-grande.

El guante ya estaba arrojado, y desde este momento solemne, como si el eco del cañon de Santiago penetrando en el corazón del Virrey, hubiera tenido la virtud de despertar sus aletargadas facultades y los sentimientos del deber ante el peligro cierto que le amenazaba, una tras otra empezó á dictar acertadas y eficaces disposiciones. Comprendiendo al fin que el paraje de la Boquilla, seriamente amenazado, se prestaba con facilidad á un desembarco de tropas y pertrechos, dispuso que á los dos piquetes de cincuenta hombres recientemente des-

tacados, se le uniera D. Pedro Casellas, Teniente coronel del regimiento de Aragón, con otros varios piquetes de aquel cuerpo y del regimiento de España, los cuales habían de vigilar la parte de playa entre la Boquilla y Punta de Canoas, evitando toda clase de reconocimiento y la aproximación del enemigo. Para el resguardo de esta tropa hizo construir varias trincheras de tierra y fagina; reforzó con cuatro piquetes más la guarnición del castillo de San Luis, en donde el general Lezo había ya puesto bajo las órdenes de su Comandante, D. Carlos Denaux, Coronel jefe de Ingenieros de la plaza, doscientos marineros para el servicio de la artillería, á la cual reportó también de los materiales necesarios. Con pasmosa celeridad hizo construir en Punta de Abanicos la batería de San Sebastián, de catorce cañones; dió á la plaza un bando terminante, prohibiendo bajo severas penas que ningún vecino abandonase la ciudad, y reforzó, por último, con dos compañías de pardos el paraje de la Boquilla, hácia el cual le llamaba Lezo insistentemente la atención.

Cautelosos y astutos, ó torpes quizás, no mostraron los ingleses en los primeros ensayos de ataque su plan de operaciones, ó no lo llevaban acaso bien meditado; por eso los vemos vacilantes amenazando simultáneamente los dos puntos de la Boquilla y del estrecho; y si el propósito fué sorprender por cualquier medio la vigilancia de Boca-Chica, única obstáculo serio realmente con que tropezaban, llamando al propio tiempo la atención de los defensores hácia la Boquilla, es lo cierto que bien pronto, mudando de parecer, mostraron el juego: el día 19 hicieron destacar ocho navíos hácia la ensenada de Chamba, quedando Lezo con el cuidado de que fuese vigilada por la noche para evitar el peligro del desembarco, preocupación constante de su espíritu; y á las nueve y media de la mañana siguiente, observando que toda la armada abandonaba aquel lugar y empezaba á batir en una línea prolongada toda la parte de playa desde Chamba hasta San Felipe y Santiago, adquirió luego, por tales movimientos, la certidumbre de que iba á ser atacado por el punto que á él ménos convenía.

No se engañó, con efecto, en sus cálculos el prudente general de Marina. Una hora después, los últimos navíos del ala derecha de la línea, dos de 70 cañones y uno de 80, fueron los que primero entraron en fuego. Correspondía su situación á medio tiro de fusil frente á las baterías de Santiago y de San Felipe, á las cuales empezaron á batir con horroroso y nutridísimo fuego de cañon y fusilería hecho des-

de las bordas y gavias. A reforzar el ataque marchó otro navío de tres puentes, pero habiéndole garrado el ancla se dejó ir hácia el interior del canal, sobre el castillo de San Luis, en donde aguantó y empezó á batirlo. El fuego entonces se hizo general: todas las baterías de Boca-Chica enfilaron sus cañones hácia los cuatro navíos que aguantaron con resolución heróica el destrozo que les ocasionaban nuestros proyectiles, recibiendo por la proa los fuegos de la artillería baja del navío San Felipe y batería de San José, y por los costados los que les eran dirigidos por los cañones montados en Punta de Abanicos. Los fuegos de San Luis y los de Santiago y San Felipe fueron sin embargo los que más destrozos les causaron; pero bien pronto se vieron libres de los proyectiles de estas dos últimas baterías: á las dos y media de la tarde, castigados cruelmente por un nutridísimo fuego de fusilería que, por espacio de cuatro horas recibieron á pecho descubierto, desde las gavias y bordas; desmontadas casi todas las piezas; diezmados los artilleros, hizo clavar el bravo capitán D. Lorenzo de Alderete los tres únicos cañones que le quedaban; recogió los heridos y al frente de su castigada tropa abandonó las baterías retirándose al castillo de San Luis.

Observando el enemigo el desamparo en que quedaban estos baluartes hizo que el grueso de la armada, ocupando todo el frente de las abandonadas baterías, empezaran á batir el castillo de San Luis, en el cual, apesar de la imponente lluvia de balas de á 36 que recibió hasta cerrada la noche de las baterías bajas de tantos navíos, como por aquella parte presentaba el ángulo poco blanco, no fueron de consideración los efectos de la artillería en los parapetos de la fortaleza; sólo consiguieron desmontar dos cañones, enviando á bordo del San Carlos y de la Galicia desde donde dirigía Lezo las operaciones, algunos proyectiles.

En esta primera función consiguieron los enemigos destruir los baluartes de San Felipe y Santiago, únicos puntos en donde las bajas fueron más considerables y dolorosas; desmontaron los dos cañones de San Luis, que volvieron á ser puestos en batería durante la noche; remediáronse en cuanto fué posible algunos destrozos causados en sus parapetos y se sustituyeron las bajas de su guarnición por gente de refresco sacada de los navíos de Lezo.

Mucho más considerables fueron las pérdidas de los ingleses. Sábese por relación que hicieron dos españoles escapados el día 24 del

navío en donde los tenían presos, entre otras cosas referentes á los propósitos de los ingleses, que en un solo navío, el nombrado el *Salwire*, hubo 90 hombres muertos y 115 heridos, y entre aquellos el comandante del navío Príncipe Federico, siendo muy sentida entre sus compañeros la suerte que cupo a este malogrado capitán. De sus navíos, los cuatro más poderosos que sostuvieron el combate desde los principios, uno de tres puentes, desguazado casi por completo; otro de ochenta cañones y dos de setenta piezas, colados sus masteleros y alijada la artillería, antes de terminar la función fueron retirados á remolque de las lanchas y botes del lugar de la escena.

Al desalojar las baterías de San Felipe y Santiago lograron los ingleses una ventaja inmensa, por la cual no tardarían en conseguir próximos y muy seguros resultados. Destruídos estos obstáculos, únicos que embarazaban por aquella parte la operación de un desembarco en la playa de Chamba, en donde, por consejo poco meditado del capitán de artillería D. Agustín de Iraola, seguido con bien escasa prudencia por el Virrey, quedaba abandonada una batería mandada construir en el año anterior por el general Lezo, la cual hubiera en esta ocasión contribuido á evitar, tal vez, ó, por lo menos, retardar el momento de la ruina de los dos baluartes y la aproximación, sobre todo, de los enemigos á aquella playa, aprovecharon los ingleses este incalificable descuido, y distraendo por la parte del estrecho la atención de los nuestros con algunos navíos y bombardas que, sin cesar día y noche, molestaban los navíos de Lezo y el castillo de San Luis, con tranquilidad admirable, sin molestias de ninguna clase, verificaron la operación del desembarco; echaron en tierra todo el material de artillería que juzgaron necesario para batir en brecha á San Luis; hicieron desembarcar buen número de negros que talaron una parte del monte y construyeron parapetos, á cuyo abrigo desembarcó gran parte del ejército y obreros, los cuales sin levantar mano atrincheraron el campo; á su vanguardia, á la izquierda de los abandonados baluartes, libres de las baterías del canal, construyeron una de doce morteros, con los cuales empezaron seguidamente á enviar bombas al castillo y á los navíos del general Lezo.

Hasta este momento no empezaron realmente á correr serios peligros las defensas del canal de Boca-Chica; ya consiguieron los ingleses echar su gente en tierra sin obstáculos de ninguna clase, antes bien, protegidos por el más incalificable abandono. Lo que hasta en—

tonces no fueron sino sospechas, muy bien fundadas, como se advierte, del general D. Blas de Lezo, aparecen al presente convertidas en tristísimas realidades. De nada sirvieron sus advertencias locamente despreciadas en los momentos mismos en que verificaba el enemigo sus operaciones: ni el Comandante del San Luis, D. Carlos Denaux, ni el capitán D. Juan de Agresot, á quienes procuraba Lezo hacer comprender la necesidad de verificar un reconocimiento escrupuloso en el monte, participaron de tan prudente parecer. La ignorancia en que estaban aquellas autoridades acerca de las operaciones del enemigo era tan absoluta como torpes las diligencias y prevenciones que dejaron de practicar para averiguarlas ni evitarlas, Persuadido, no obstante, el prudente general de marina de que los ingleses practicaban á la espalda del castillo al abrigo del espeso bosque que le rodeaba, trabajos de campaña que á costa de cualquier sacrificio debían evitarse, viendo que sus observaciones no hallaban eco en el ánimo obcecado del Virrey, ni siquiera en el de aquellos jefes subalternos, hechuras suyas, hasta propuso que el Comandante del San Luis enviase un negro vaqueano, á quien gratificaría con cincuenta pesos de su propio peculio, á reconocer el monte, en donde acechando con cautela no había de faltarle ocasión de apoderarse de algún soldado enemigo, por quien podrían ser informados de las operaciones que se practicaban en el silencio de la soledad del bosque. Mas todo fué inútil: solo en la mañana del día 22 fué cuando, invitados nuevamente D. Carlos Denaux y el capitán Agresot para ver de verificar una salida, convinieron en que este capitán explorase con ocho hombres la clase de trabajos que se practicaban en el monte; y en efecto, una hora despues regresaba sin haber visto otra cosa que un puesto avanzado de doce hombres á tiro de fusil de San Felipe, con los cuales cambiaron algunos disparos. La curiosidad de Lezo no se satisfizo, como el lector podrá suponer con estos informes; pero bien pronto, al mediar el día, las bombas que empezaron á arrojar los morteros ingleses sobre el castillo de San Luis, lo sacaron de la duda.

La situación del general Lezo, como se ve, no podía ser ni más crítica ni más desairada. Encargado de la defensa del paso de Boca-Chica, echó sobre su honor la responsabilidad de una empresa, para la cual no solamente se le negaban toda suerte de auxilios, sino que se procuraba, con silencio cauteloso y con resistencia pasiva, oponerse á cuantas providencias dictaba su pericia bien probada y el mayor

lustre de las amas de su Rey. El castillo de San Luis, llave del estrecho, amenazado de caer en plazo breve y fatal en poder del enemigo por la terquedad incomprensible de evitar fuese batido por tierra, estaba mandado por un hombre ambicioso, de carácter acomodaticio, hechura del Virrey, de blanda y elástica conciencia, quien declinando, eso sí, ulteriores responsabilidades sobre el general Lezo encargado de sostener aquellas fortalezas con hombres y pertrechos de marina, de los que ya carecía y ajustando con rara fidelidad sus actos á las órdenes del Virrey, tuvo la poca aprensión de consignar luego en el diario que llevaba del sitio frases y conceptos de intención dañina y maliciosa. Los demas baluartes y baterías que defendían el canal en donde se corría el peligro de un sacrificio estéril, aunque glorioso, por las detestables condiciones de sus obras, estaban, como se ha observado, á cargo del cuerpo de marina, al cual, empleando una frase vulgar, se le obligaba á roer el hueso de Boca-Chica.

FRANCISCO SERRATO.

(Se continuará)

FUNDACIÓN DE VILLAS



(CONTINUACIÓN)

Todo esto que hemos dicho con relación á Tolosa y á los motivos á que obedeció en gran parte su importancia, y el acrecentamiento de su población, tiene aplicación exacta á Villafranca, fundada también en virtud de privilegio expedido por el mismo D. Alfonso el Sabio á quien se debe la recordada cartapuebla de Tolosa. La de Villafranca, que por cierto se conserva original en el Archivo de su Ayuntamiento, lleva la fecha de 1268,



EUSKAL-ERRIA

LOS BASCONGADOS EN AMÉRICA

Don Blas de Lezo y el último sitio de Cartagena de Indias

1741

(CONTINUACIÓN)

Como demostración evidente y palmaria del poder defensivo del paso de Boca-Chica, y del empeño porfiado que ponía nuestra tropa en conservarlo, nada más significativo que la prudencia con que vemos á los ingleses proceder en adelante: alejaron su Armada de la zona de fuego de nuestros baluartes y navios y la mandaron dar fondo á lo largo de la playa de Chamba. Solo quedó un navío de ochenta cañones acomodando, al abrigo de la arruinada batería de Santiago, el castillo de San Luis, desde donde recibió tan certeros disparos, que se vió obligado á largar las amarras y ponerse á la vela. En vista de los destrozos causados en sus buques, precavidos y prudentes los ingleses, no los quisieron dejar por más tiempo expuestos á los fuegos

de nuestros cañones, y el día 21 destacaron únicamente dos bombardas y una fragata de cuarenta piezas que montaba también algunos morteros, con los cuales siguieron incomodando al castillo y los navíos de Lezo; y como viese este general que algunas bombas rozaban los costados de sus navíos, para conjurar el peligro de que volasen el San Felipe, se apresuró á sacar el repuesto de pólvora encartuchada que en él guardaba. El fuego de las bombardas y fragata y el que empezaron á arrojar, certero y porfiado, sobre el San Luis, los doce morteros que, en tan corto espacio de tiempo, habían conseguido poner los ingleses en batería, no cesaba en todo el día y la noche, y la tropa que lo aguantaba, fatigada y maltrecha, ni podía descansar, ni dedicarse siquiera á reparar, en la medida de las necesidades, los daños que causaban los proyectiles en las obras de defensa.

Al día siguiente de este primer ataque formal de los ingleses contra las fortificaciones del estrecho, bajó el Virrey á visitar el teatro de la lucha, y aprovechando el General Lezo la oportunidad de hallarlo á bordo de la *Galicia*, le hizo observar las facilidades y la buena voluntad que mostraba el capitán D. Miguel Pedrol, de verificar por sí mismo, con un piquete de soldados, el reconocimiento del monte, en donde los ingleses construían sus baterías; «pero no dijo D. Sebastián de Eslava si ni no, y con estas omisiones—agrega el marino—vamos dejando á los enemigos que hagan lo que quisiesen». Las bombas, á todo esto, seguían poco á poco demoliendo los parapetos y causando destrozos sensibles en el castillo, en donde á poco quedó destruido el almacén de los víveres.

Hasta el día 24 no se tuvieron noticias ciertas de la clase de trabajos de campaña que ejecutaban los enemigos en el bosque: dos españoles, que habían conseguido escapar del navío en donde los conducían prisioneros desde las Canarias, cerca de cuyas islas los tomaron los ingleses cuando se dirigían sobre Cartagena, dieron al General Lezo relación muy detallada de todo lo que, como testigos de vista, habían observado durante los días de cautiverio. Por ellos supo el marino, entre otras cosas, que los propósitos del enemigo, por lo pronto, se dirigían á destruir el castillo, único obstáculo serio que habían de vencer para forzar el paso de Boca-Chica; y con el fin de conseguirlo en breve tiempo, ni escaseaban esfuerzos ni reparaban en sacrificios, habiendo desembarcado sus tropas y pertrechos de guerra en la playa de Chamba, detrás de la arruinada batería de Santiago, á su izquier-

la, en donde construían sus baterías con perfecta tranquilidad. Dijeron también que esperaban un refuerzo considerable, y en efecto, á la caída de la tarde apareció un convoy de treinta navíos, los cuales fondearon en los intermedios de la Armada.

Hemos visto ya á los ingleses, dueños de toda aquella parte de la Isla de Tierra Bomba, ejecutar aceleradamente, al abrigo de sus navíos, fondeados á lo largo de la playa de Chamba, los trabajos de campaña necesarios para batir en brecha el castillo de San Luis; y, desde estos momentos, hemos de ver también al prudente General Lezo, abrumado bajo el peso de la gran responsabilidad que había contraído, de conservar aquellos lugares, estorbando el paso al enemigo y librando de esta suerte la plaza de los estragos, por lo menos, de un bombardeo funestísimo, solicitar el parecer de los comandantes de los navíos y del castillo de San Luis sobre la conveniencia de sostenerse hasta el fin en aquellos parajes, no obstante las escasas garantías de éxito que se prometían, ó de abandonarlos en tiempo oportuno, con las precauciones que se pudieran emplear, á fin de economizar las energías que reclamaba la seguridad de la plaza. Cuantos esfuerzos había derrochado hasta entonces, á costa de la propia estimación, para persuadir al Virrey, que nunca, como hemos visto, se mostró dispuesto á escucharlo con agrado, de que la salvación de la plaza pendía en gran manera de la seguridad del paso de Boca-Chica, en donde debieron acumularse los mayores elementos de resistencia, vigilando las playas y estorbando, á costa de cualesquier sacrificios, el desembarco; todas aquellas energías las empleaba ahora en solicitar órdenes bien terminantes, que le trazaran la línea de conducta que había de seguir, y los medios que fueran necesarios para evitar el peligro de que, al ser asaltado el castillo, como lo esperaban de un momento á otro, cayeran sus defensores en manos de los ingleses.

Su acreditada experiencia le aconsejaba economizar los esfuerzos que hubieran de emplearse en sostener la lucha en aquellos parajes, amenazados de caer en plazo breve en poder del enemigo. Ni el castillo de San Luis, llave del estrecho, que se escapaba de sus manos por una serie de torpezas, cuyos orígenes no había acertado nunca á comprender, ni sus pobres navíos, huérfanos de toda protección, podrían resistir la potente artillería de sitio que, la obcecación del Virrey había, con inaudito desdén, consentido á los ingleses echar en tierra; y cuantos esfuerzos se malograrán, pues todos habían de ser ya malo-

grados, en el paso de Boca-Chica, podrían aprovecharse en la defensa de la plaza. Volar el almacén de pólvora del castillo, clavar sus cañones y hundir en la canal los navíos en tiempo oportuno, entorpeciendo así el paso á la escuadra enemiga, para dar lugar á preparar las defensas de la plaza, he ahí ahora la única preocupación del marino ilustre.

En previsión de lo que pudiera ocurrir, reunió en la *Galicia* un consejo de guerra compuesto de los jefes más caracterizados que peleaban á sus órdenes; en él se discutieron todas las hipótesis y acordando el plan defensivo que habían de seguir más conforme con las necesidades del momento, convinieron todos en el parecer de abandonar aquellos lugares antes que los ingleses se hicieran dueños del castillo, y evitar los embarazos y las confusiones y los peligros que suelen acompañar á una retirada desordenada y tumultuosa. En este sentido el día 24 escribió al Virrey pidiendo «le previniera el tiempo y modo de dejar sin confusión este sitio, en el caso forzoso de haberse de retirar, para que esta tropa y gente de mar y la del castillo y baterías puedan servir para la defensa de la plaza». No se hizo esperar la contestación del Virrey; reduciase á manifestar la conveniencia de que «se mantuviese todo lo que pudiera para dar más tiempo, porque de esto depende la seguridad de la plaza». Conformóse el General Lezo con este dictámen, y para seguirlo hasta el fin, como desconfiara por otra parte, con muy justas razones, del poder y de la seguridad, por ende, del castillo, exigió de su comandante, D. Carlos Denaux, el informe á que se refiere la siguiente carta:

«Muy Sr. mio: Respecto de que el fuego continuo de las bombas que los enemigos han tirado contra ese castillo lo han maltratado bastante, y que sin duda los navíos de guerra que han venido á esta expedición lo batirán, deseo, por lo que conviene al servicio del Rey, me diga V. S. si se halla en estado de rechazar los intentos de los enemigos, y de resistir en el castillo sin que sea tomado; como, de lo contrario, qué medios discurre V. S. para salvar la tropa que hay en él, para que esta pueda servir á la defensa de la plaza; expresando V. S. con individualidad y claridad su sentir sobre estos importantes puntos, y el tiempo en que se deberá tomar esta providencia.=Dios guarde a V. S. muchos años que deseo. *Galicia* y Marzo 24 de 1741. B. l. m. de V. S. su mayor servidor. Don Blas de Lezo=Sr. D. Carlos de Enaux.»

El informe del comandante no pudo ser ni más claro ni más pre-

ciso, ni tampoco más desconsolador; no dejaba lugar á la esperanza más tenue de salvación. El castillo estaba arruinado, así los baluartes y demás obras de defensa como los cuarteles y almacenes; la tropa, rendida y fatigada del duro y porfiado trabajo á que estaba cometida, era materialmente imposible que pudiera resistir un ataque medianamente dirigido; y fué de parecer retirarla secretamente de noche despues de clavar los cañones y poner mecha al almacen de la pólvora; «el enémigo con eso—añade—no se podrá aprovechar de nada.»

Ya lo hemos visto; D. Sebastián de Eslava advierte al general Lezo la necesidad de sostener las defensas del canal todo el tiempo que fuera posible, ó, al menos, el que necesitara emplear él hasta poner la plaza en estado de resistir los ataques del enemigo; y este mismo parecer se lo repite de palabra en la visita que le hizo á bordo de la *Galicia*, insistiendo en que, «siendo este el refugio de la plaza, era menester hacer la última defensa.»

—«Por nuestra parte—replicó el marino—no habrá dificultad, que para eso nos tiene el Rey y somos sus vasallos; y si todo se ha de sacrificar, lo haremos con gusto; pero es necesario dictar providencias para que el honor de las armas del Rey y el nuestro no padezcan, que, aunque es tarde, no obstante, mucho se puede hacer todavía. Comió aquí—añade Lezo—y se volvió á las cuatro sin decir más, ni disponer otra cosa, cuyo cauteloso silencio me ha dejado siempre en la mayor perplejidad, sin saber á qué atribuirlo.»

No por esto se desanimó el prudente marino, antes bien, oprimido bajo el peso de aquella gran pesadumbre, y persuadido del peligro que le amenazaba, quiso hallarse dispuesto á conjurarlo, ó á rechazarlo, al menos, en las primeras ocasiones que se les ofrecieran; relevó con tropa de refresco la gente extenuada del castillo; dióle víveres para veinte días, quedándole á él tan solo diez y siete barricas de carne y tocino para la gente de sus cuatro navíos; hizo llevar gran número de pipas para que, llenas de tierra, sirvieran de parapeto y resguardo á los artilleros, á quienes proveyó también de atacadores; no así de balas, solicitadas por el comandante, que no las tenía ya, dejando al Virrey la obligación de atender á esta necesidad.

FRANCISCO SERRATO.

(Se continuará)



LOS BASCONGADOS EN AMÉRICA



Don Blas de Lezo y el último sitio de Cartagena de Indias

1741

(CONTINUACIÓN)

La irritación y la soberbia de los ingleses en el entretanto crecía á medida que era más porfiada y tenaz la resistencia de aquel puñado de heróicos españoles; y era tanta mayor su irritación cuanto que no llegaron á sospechar jamás que aquellos sencillos baluartes, defendidos por gente muy reducida y cansada, que apenas podía relevarse en las penosas faenas del servicio, hubieran podido resistir tanto tiempo los efectos de su enérgica y poderosa artillería.

Era llegado el 28 de Marzo, y después de quince días de un bloqueo formidable, cual no lo llegaron á sufrir jamás las riberas del Nuevo Mundo; después de haber perdido varios de sus mejores navíos y muchos soldados de su ejército, picado ya de enfermedades perniciosas que lo amagaban con los horrores del estrago; á pesar de un tan extraordinario alarde de fuerza, cuya vista encogía el ánimo, y del abandono en que hallaron aquellas playas, abiertas á toda hostilidad por errores ó impericias funestísimos; á pesar de todo esto, tan solamente habían conseguido la ventaja despreciable de arrasarnos las dos baterías más débiles que defendían la entrada del canal. El castillo de San Luis, caballo verdadero de batalla, que había que rendir á toda costa, no obstante el considerable numero de bombas y balas rasas que le habían arrojado, se sostenía en pie á despecho de

las leyes del equilibrio y de la balística y de la pericia de Generales y oficiales tan experimentados como eran los que dirigían el sitio. Era de todo punto necesario hacer un supremo esfuerzo y arruinar en breves días aquel obstáculo inverosímil; apoderarse de las orillas del canal; tomar todas sus posiciones, aun aquellas más secundarias y volver, siendo posible y eficaz, contra los navíos de Lezo las bocas de nuestros propios cañones. Desalojar las baterías de Punta de Abanicos y la del Varadero, y también la que defendía el estero de Pasacaballos, y proteger de esta suerte el paso de la escuadra.

Abrigan, por otra parte, también, y era natural que lo abrigasen, el temor de no poder á su tiempo utilizar todas las virtudes militares de un ejército numeroso, que tantos sacrificios había costado transportar á parajes remotos, en donde corría el peligro de que se resintiera el espíritu militar y la disciplina, tanto por efecto de la inacción forzosa á que estaba sujeto, como por las enfermedades propias de aquellos climas, que en breve podrían diezmarlo.

Solicitados por tales estímulos y preocupaciones hicieron desembarcar la mayor parte de las tropas, que acamparon sobre los linderos de un terreno pantanoso, detrás de los baluartes arrasados de San Felipe y de Santiago; construyeron una batería de veinte cañones de á 24 y otra de morteros; hicieron sus esplanadas, atrincheraron el campo, y rozando el bosque espeso que los separaba del castillo, abrieron un camino ancho por donde, en momento oportuno, habrían de dirigirse hácia él y dar el asalto. Este asalto al castillo y el abordaje á los navíos de Lezo, en grandes lanchas que tenían preparadas, aprovechando la confusión de nuestra tropa que, al verse por todas partes acometida y amenazada de caer prisionera, no sabría defenderse, habían de ser operaciones simultáneas, tan rápidas y precisas que, no dándola tiempo á reconcentrarse sobre un punto cualquiera, ni siquiera á embarcarse para retirarse á la plaza, se le podría cortar la retirada, coparla y hacerla prisionera. Estos propósitos del enemigo, comunicados al General Lezo por un soldado irlandés pasado á nuestro campo, no llegaron, por fortuna, á tener en todas sus partes tan cumplida realización.

Animados de tales intentos, al mediar la noche del 29 de

Marzo, sorprendieron la batería del Varadero, de cuatro cañones, mandada por el oficial de marina D. Jerónimo de Loizaga, quien, después de haber clavado las piezas, se retiró con su reducida tropa á bordo de la balandra del cargo de D. Pedro Mas, fondeada en aguas de la bahía, cuyos cañoncillos á metralla obligaron al enemigo á retirarse y abandonar la recién conquistada batería. Poco después, esta tropa, guiada, sin duda, por buenos prácticos: que conocían los pasos enjutos de aquel terreno anegadizo y pantanoso, dividióse en clos grupos, y siguiendo las opuestas orillas, atacaron á la vez por distintas partes las baterías de Punta de Abanicos, de catorce cañones, en donde su Comandante, D. José Campuzano, oficial también de marina, hizo porfiadísima resistencia y estuvo á punto de caer prisionero: pero consiguiendo al cabo clavar los cañones y retirarse al castillo de San José. Las reducidas guarniciones de estas baterías, como se ve, pelearon en la obscuridad de la noche contra fuerzas muy superiores, á quienes hicieron más de treinta muertos, y no abandonaron sus puestos sino arrollados por el número, pues dejaron en el campo los cadáveres de un teniente de artillería, cinco soldados, cinco marineros y tres negros.

En cuanto amaneció dispuso el General Lezo ocupar las baterías perdidas, hácia las cuales, desde que apuntó el día hasta bien entrada la noche, dirigieron los ingleses las bocas de sus cañones, castigando á los que trabajaban con ahinco en reforzarlas con faginas y piquetas y en desclavar los cañones. Observó al propio tiempo que, mientras varias lanchas enemigas sondaban la entrada del canal, ejecutaba la escuadra ciertas maniobras por las cuales llegó á sospechar que muy en breve podrían ser por ella hostilizados y que tales movimientos obedecían, sin duda, á un plan definitivo de ataque. La ocasión no se hizo esperar, porque á poco empezó el fuego contra los que trataban de poner en condiciones de defensa las baterías de Punta de Abanicos, y en su vista las hizo el General Lezo reforzar con buen golpe de gente.

A este tiempo recibió aviso del oficial que mandaba la pequeña batería de Pasacaballos de que una fuerza enemiga marchaba por el estero con intento de apoderarse de aquel paraje, importante á todas luces, porque podrían cortar el paso á los ví-

veres y socorros que por él recibía la plaza. Para evitar este contratiempo dió encargo de proteger aquel paso al capitán de fragata D. Pedro de Elizagarate, quien marchó con ciento veinte hombres.

Como se ve, el animoso General de marina no daba tregua á las más acertadas providencias encaminadas á prolongar á toda costa la defensa del canal; á todas partes alcanzaba su celo, estimulado ahora, más y más por los movimientos inusitados y sospechosos que observaba en el campo enemigo, desde donde no cesaban sus morteros de arrojar bombas sobre el castillo de San Luis y sobre los navíos que cerraban el canal, en los cuales estaba próximo á agotarse el repuesto de la artillería.

Hasta el día 2 de Abril no empezó con verdadero furor el bombardeo. A las siete de la mañana, una batería de diez y seis cañones de á 24 y otra de doce morteros rompieron á un tiempo el fuego por la parte de tierra. El castillo de San Luis y los navíos de Lezo, en particular, fueron el blanco de sus proyectiles: blanco seguro, en donde se aprovechaban casi todos los disparos.

Para responder al ataque hizo el General de marina atravesar su navío, el *Galicia*, que rompió un fuego vivo y muy cierto; tanto que al mediar el día hubo conseguido incendiar la batería enemiga, que suspendió el suyo hasta las tres de la tarde, en que, remediados los daños, volvió á romperlo más nutrido y porfiado. El día fué de prueba para el animoso General Lezo y para su navío, desde el cual envió al campamento inglés setecientos sesenta proyectiles. A la puesta del sol la cartuchería estaba agotada y destrozadas muchas cureñas; hizo cesar el fuego y volvió el navío á ocupar su puesto en la línea.

El comandante del castillo, que venía observando la orientación y disposición de las baterías enemigas, á las cuales no podía ofender con éxito, por haberlas construido sobre la prolongación de la capital del ángulo flanqueado del baluarte, convencido ya de que el intento no era otro que el de batir en brecha al castillo, hizo practicar en la cara izquierda del baluarte una cortadura para cuatro troneras; cortó oblicuamente los merlones del parapeto, y, aunque en aquel lugar no halló materiales adecuados para poner la cortadura á prueba de cañón, hizo funcio-

nar los suyos con tal acierto que, en unión con los de el *Galicia*, destrozaron las baterías del enemigo y provocaron más su coraje.

A la mañana siguiente empezó el fuego con el mismo aparato de fuerza batiendo en brecha al castillo. Para protegerlo en cuanto fuera posible, viendo el General Lezo cuánto habían incomodado al enemigo las baterías de su navío, hizo en este día atravesar en la canal, de la misma suerte, el *San Felipe*. El fuego de una y otra parte fué horroroso, recibéndolo á pecho descubierta los ingleses con valentía ejemplar. A esto, el Almirante Vernon dispuso que ocho de sus mejores navíos de setenta á ochenta cañones levaran anclas; corrieron un bordo para afuera y virando despues, al aire el velacho y sobremesana, fuéronse acercando al segundo comandante; se prolongaron luego en la dirección correspondiente, y poniéndose en facha, empezaron á batir el castillo y los navíos de Lezo, á un tiempo, con valor y osadía admirables. Otros dos navíos batían al propio tiempo las baterías de Punta de Abanicos, y corriéndose nuevos buques hácia la ensenada de Varadero, protegieron sus cañones el desembarco por aquella parte. El fuego entonces se hizo general en toda la línea por una y otra parte; derribaron los parapetos del castillo de San Luis del frente del ataque, desmontaron su mejor artillería, y no cesó el fuego hasta que, cerrada la noche, despues de haber arrasado también las baterías de Punta de Abanicos, se retiraron á ocultar los destrozos que les causaron nuestros proyectiles.

Esta noche suspendieron el fuego los morteros, y el comandante del castillo, aprovechando la tregua, sin dar descanso á su tropa, castigada tan crudamente, hizo construir, sobre los arruinados parapetos, una batería de siete cañones; los materiales no podían ser más frágiles, pues consistían únicamente en cestones llenos de escombros.

Con cuatro navíos empezó, el cuarto día del mes de Abril, á las seis de la mañana, el fuego contra los únicos obstáculos que entorpecían la entrada del canal: eran estos el castillo de San Luis y los averiados navíos del General Lezo, desde donde el Virrey Eslava presenció la función de este día. Poco despues de las nueve de la mañana, el General de marina, que dirigía des-

de el puente de la *Galicia* el ataque, quedó herido en el muslo y en una mano: y no abandonó su puesto de honor hasta que, al anochecer, se retiró el enemigo. El *Galicia* quedó en este día sin palo mayor y sin trinquete, destrozados por completo la cámara y los camarotes y con varios cañonazos debajo del agua.

En tanto que por la parte del mar eran tan rudamente batidos los navíos del General Lezo, las baterías de tierra enfilaron las bocas de sus cañones contra la cara izquierda del baluarte de la derecha del castillo de San Luis, en donde era ya materialmente imposible mantenerse por más tiempo; se les contestó, sin embargo, con tanta entereza á las baterías y á los navíos á un tiempo, que al anochecer fueron estos obligados á retirarse con grandes destrozos.

Las pérdidas fueron por nuestra parte, como en el día anterior, muy sensibles; el castillo quedaba casi desmantelado, destruidas sus baterías, diezmada y abatida su guarnición y perdida la esperanza de la más ligera resistencia. Conociendo el General Lezo que se acercaba el momento de abandonar aquellos parajes, tomó la providencia de despachar con tiempo á la plaza cuantos pertrechos pudieran ser codiciados por los ingleses y que al propio tiempo malograsen los resultados de una rápida retirada: hizo conducir los muertos y heridos á una balandra para que los llevarsen á la plaza, y tras ellos marchó también todo el repuesto de la pólvora, quedándose únicamente con la que consideró que habían de necesitar las baterías de sus bordos. El General Eslava, convencido ya que ni el castillo ni los navíos podían resistir un día más los efectos de la artillería enemiga, se despidió también para la plaza, antes de amanecer el día 5, con ánimo, dicen, de preparar la retirada de aquellas fuerzas, enviando al efecto los botes y lanchas en que pudieran embarcar y restituirse á la plaza.

Amaneció el quinto día del mes de Abril, último de aquella memorable empresa, en que se escribió para siempre la página hasta entonces más brillante de la historia de Cartagena. A las cinco y media de su mañana empezó el fuego combinado del enemigo con diez y ocho cañones y veinte morteros por tierra y cuatro navíos de setenta piezas contra las ruinas del castillo de San Luis y contra los agujereados navíos del General D. Blas de

Lezo, uno de los jefes más heroicos de la marina española. A poco quedo practicable la brecha del castillo; enmudecieron sus cañones, dirigiendo entonces los ingleses todas sus fuerzas contra los inermes navíos de Lezo, á los cuales arrojaban también balas rojas y flechas incendiarias. En el *Galicia*, navío el menos castigado, se inició por dos veces el incendio; su estado no podía ser más lastimoso ni miserable; no le quedaba apenas rumbo, pues toda la proa y costado de babor, desde la lumbrera del agua para arriba estaba hecho astillas, y debajo de la línea de flotación fueron también tan numerosos los cañonazos recibidos que apenas los carpinteros y calafates podían dar de mano al trabajo de cortar las vías de agua.

Antes de mediar el día, conociendo el Comandante del castillo la ineficacia de cualquier esfuerzo que se intentara para conservarlo por más tiempo, pues había caído el parapeto con toda la cortina, desde el ángulo de tierra hasta el de la mar, pasó á bordo del *Galicia* á participar al General Lezo, de quien maliciosamente dijo que lo halló «en un paraje retirado en el mar para la seguridad de su persona» que, estando la brecha practicable para el asalto del enemigo, y habiéndose de retirar con la guarnición, pusiese en conocimiento del Virrey aquella novedad para que en su vista adoptase los medios convenientes á fin de no quedar prisioneros de los ingleses.

Así lo comunicó el General Lezo en una carta que hizo firmar también á D. Carlos Denaux, después de oída su relación y de haber reconocido por sí mismo el estado miserable de la fortaleza.

Siendo ya los momentos contados, y observando con gran pesar el prudente General de Marina el abandono en que estaban por parte de las autoridades de la plaza, y la escasa solicitud que mostraba el Virrey en proteger, en situación tan crítica, á los míseros defensores de aquel paso. que no supo ó no quiso adoptar, en tiempo oportuno, los medios de conservarlo, dió orden al Comandante del castillo de que se retirase á él y procurase defenderlo y organizar la retirada, que era ya lo único que en realidad le quedaba que hacer, esperando las horas de la noche, á cuyas sombras enviaría los botes y lanchas que fueran necesarios para recoger la guarnición á bordo de los navíos, en

donde podrían esperar la llegada de los socorros que se esperaban de la plaza. Pasó luego á una canoa á dar órdenes por sí mismo á los comandantes de los demás navíos de lo que habían de practicar en los momentos de la retirada: estas órdenes tan precisas como sencillas, reduciáanse en sustancia á echar á pique, en una hora dada, los cuatro navíos, en el centro mismo del canal, á fin de interrumpir por algunos días más el paso á la escuadra enemiga. Pero cuando apenas había terminado esta operación vió el General Lezo que se producía en nuestra tropa la confusión más espantosa.

Eran las cinco de la tarde, y el sol en su declive caminaba con lentitud desesperante para los heróicos defensores del canal de Boca Chica, quienes solo en las sombras protectoras de la noche esperaban su salvación. Pero los ingleses, que sospecharon, sin duda, los propósitos del General español, viendo que los navíos de Lezo permanecían casi mudos y que la brecha del castillo estaba practicable, impulsados por una súbita inspiración desbarataron en pocos momentos los planes de nuestro prudente General. Las baterías de Punta de Abanicos y la del Varadero volvieron nuevamente á su poder, y allí quedaban todavía el derruido castillo y los inútiles navíos, brindándoles, con sus amortiguados y lentos cañonazos, la ocasión del asalto y del abordaje; y á ellos marcharon con bravía y varonil resolución.

Más de cincuenta lanchas, mal contadas, llenas de soldados, tripuladas por fogosos marineros que las impulsaban con febril excitación, penetraron en el canal, y marchando á todo escape sobre los cuatro navíos que, guardando la cadena, cerraban su boca, dieron ocasión al tumulto que se produjo en sus tripulaciones. El caso; por lo inesperado y atrevido, fué muy apropiado para causar asombro en quienes confiaban dejar tranquilamente aquellos parajes protegidos por las sombras misteriosas de la noche.

Los soldados del castillo de San Luis, que fueron los primeros que observaron aquel avance, solicitados, sin duda alguna, por ese sentimiento de conservación, tan lógico y natural en análogas circunstancias, que suele revelarse mucho más acentuado como agotamiento de toda fuerza moral, en las crisis

que siguen á los más grandes heroismos y á los esfuerzos más extraordinarios, viendo que casi todo el grueso del ejército dividido en tres columnas avanzaba resueltamente hácia el castillo para atacarlo por la puerta y por la brecha, mientras la tercera división lo rebasaba con el intento de cortar la retirada á cuantos tuvieran la suerte de escapar al furor de los asaltantes, se declararon en completa dispersión. Todos á un tiempo pretendían escapar de la fortaleza; ni respetaban, ni siquiera podían oír en tal estado de agitación las intimaciones de los oficiales que se esforzaban inútilmente en reducirlos al cumplimiento del deber. La marcha de las columnas sobre el castillo era resuelta, ordenada é imponent, y una lluvia de proyectiles que arrojaron desde las baterías sobre aquella mísera guarnición, fué la respuesta que daban los ingleses á las señales de parlamento que observaron en la muralla. Conociendo por estas demostraciones la suerte que le esperaba, conturbada hasta lo infinito, pues se consideraba irremisiblemente cortada por mar y por tierra, viendo que avanzaba aquella ola de gente irritada y soberbia, despreciando las banderas y las cajas de parlamento, con intento de pasarlos á cuchillo, según alguno pudo sospechar por las voces y por los ademanes, creció á tal punto la consternación y el espanto que, sin respetos de ninguna clase á los oficiales, que se les oponían para emprender en buen orden la retirada, abandonó las ruinas del castillo en los momentos en que los primeros granaderos ingleses salvaban la brecha; y en confusión y gritería espantosa, á la voz de ¡que nos cortan! ¡que nos cortan! huyendo á la desbandada hácia la playa se arrojaron los primeros que llegaron precipitadamente en el mar.

El pánico de esta tropa se propagó rápidamente á las tripulaciones de los navíos; en ellos se dieron también órdenes que no pudieron ser cumplidas con la exactitud rigurosa que en tales casos se suele esperar de un ejército disciplinado. Fué aquel un momento de verdadera locura, en el cual se manifestó, con gran tristeza del pundonoroso General Lezo, el delirio del miedo. Todos rivalizaban en abandonar sus puestos, y animada la soldadesca de un solo sentimiento egoísta, el de la propia conservación, emprendieron una huida vergonzosa, impropia de quienes habían expuesto sus vidas por espacio de tantos días á las

iras de un enemigo soberbio y poderoso. Únicamente el navío *San Carlos* fué echado á pique siguiendo su comandante las instrucciones que se le habían dado. El *San Felipe* y el *África*, afanosas sus tripulaciones de abandonarlos sin perder momento fueron incendiados; y la *Galicia*, que carecía entonces de botes y lanchas, pues casi todos los había enviado el General Lezo á la playa para recoger á los que huían del castillo de San Luis, fué apresado con su capitán D. Juan Jordan, el de batallones D. Lorenzo de Alderete, el subteniente D. Juan Dominguez de Ordozgoiti, un piloto irlandés y treinta hombres entre tropa y marinería.

A este tiempo llegó al lugar del suceso el Virrey D. Sebastián de Eslava con los socorros de lanchas y botes y fué testigo de aquella confusión; se recogió en ellos la tropa y marchó hácia la plaza. Poco después, amparados por las sombras de la noche, abandonaban los dos Generales aquellos parajes en donde flotaba el espíritu de tanto heroísmo y de tanta abnegación, malogrados por la impericia, ya que no por la mala fé, de una emulación torcida y vergonzosa. El General Lezo, entristecido por dejar á la espalda en poder del enemigo aquellos lugares señalados con su propia sangre y perdidos en la canal sus cuatro navíos, partió en dirección de Boca-grande acompañado del Virrey Eslava á disponer que los dos navíos del Rey y uno del comercio que vigilaban aquel paso, levasen anclas y fuesen á cerrar la entrada del puerto, entre Castillo grande y la batería del Manzanillo. Dispusieron las defensas de este importantísimo punto, y «á las cuatro de la mañana—dice el General Lezo en su Diario—me restituí á la ciudad, después de veinte y un días de Boca-chica y diez y siete de combate continuo, de noche y de día, de fuego de cañon, bombas, flechas y balas rojas, cuyo suceso no esperé, (el de la rendición) y se hubiera terminado la empresa de los enemigos en aquel sitio si D. Sebastián de Eslava, como lo solicité, hubiera querido oponerse al desembarco, formación de baterías, y aun despues de hechas, si se hubiese dispuesto una salida general para destruirlas, porque reconocí muy de los principios que los enemigos no intentarían forzar el puerto hasta que no hubiesen arruinado el castillo, y navíos con sus baterías de tierra, no obstante de que no había más de cua-

tro que lo defendiesen, y tener ellos treinta y ocho, desde 60 hasta 80 cañones, sin comprender las fragatas; y sin duda, si se hubieran dado las providencias de evitar el daño que se originó de tierra, ni el castillo ni navíos se hubieran perdido, y los enemigos se hubieran retirado de aquel paraje, según lo que se reconoció por sus operaciones y recelo con que entraban á atacarnos; quedando, como claramente vimos, diez navíos imposibilitados de hacer fuego, ni entrar más en combate, creyendo también han perdido mucha gente en los diez y siete días, así de sus navíos como de la tropa; y no se creerá que un armamento tan formidable haya tardado todo este tiempo para rendir un castillo que, en sustancia, no es más que un mal cuadrado revestido de cuatro baluartes imperfectos, su mampostería y parapetos muy malos, como queda referido, sin tener un sitio á prueba de bomba ni cañon donde abrigar la gente, pólvora y víveres, como la experiencia lo ha manifestado; cuya fortificación y navíos, en el tiempo de su sitio han disparado seis mil sesenta y ocho bombas y más de diez y ocho mil cañonazos. Y pocas veces se habrá visto que los navíos batan en brecha, y si no hubiera sucedido la precipitada fuga de la guarnición del castillo, sin duda ninguna no hubieran entrado en él, si se hubieran dado á tiempo las providencias convenientes de enviar gente, para la defensa de la brecha, añadiendo que si otro cualquiera hubiese atacado aquel castillo la misma noche del día 20 de Marzo, ó 21, á más tardar, se hubiera alojado al pie de su muralla y le hubiera pegado el minero para volarlo ó rendirlo; pero no lo hicieron así, y por eso, y los socorros diarios que tuve cuidado meterle de gente, víveres, pólvora y balas, pudo dilatar su defensa diez y siete días.»

FRANCISCO SERRATO.

(Se continuará)

